

Disney

GRAVITY FALLS

LA TIERRA ANTES DE LOS CERDOS





LA TIERRA ANTES DE LOS CERDOS



Adaptado por Tracey West.

Basado en la serie creada por Alex Hirsch.

La parte 1 está basada en el episodio *El cerdo del viajero en el tiempo*, escrito por Aury Wallington y Alex Hirsch.

La parte 2 está basada en el episodio *La Tierra antes de los cerdos*, escrito por Tim McKeon y Alex Hirsch.

LIBROS 

© 2021 Disney Enterprises, Inc.
Todos los derechos reservados.

Publicado en España por Editorial Planeta, S. A., 2021

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com

Primera edición: junio de 2021
ISBN: 978-84-18335-67-9
Depósito legal: B. 7.898-2021

Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

CAPÍTULO 1



ERA UN HERMOSO día en Gravity Falls y Stan Pines había ideado otro plan para conseguir dinero. Los trabajadores se ocupaban de las atracciones, los juegos mecánicos y los puestos de comida que formaban la primera Feria del Misterio.

–¡Aquí la tienes, Mabel! –le dijo con orgullo a su sobrina nieta, extendiendo los brazos para mostrarle aquel espacio lúdico en medio del bosque—. La feria más barata que se puede alquilar. Me he ahorrado todos los gastos.

–¡Aaaaaaaaaaaaaaaaaah!

¡Pum!

Dipper, el hermano gemelo de Mabel, aterrizó justo al lado de ellos en una cabina de feria.

–Creo que se ha roto el funicular –dijo—. Y... la mayoría de mis huesos.

Stan se rio.

–¡Ay, qué chaval! Bueno, bueno, tengo un trabajito para vosotros dos. He impreso unos cuantos certificados falsos de inspecciones de seguridad.



Pegadlos en todo aquello que nos pueda generar un pleito. –Le dio a cada uno un montón de papeles.

–Tío abuelo Stan, ¿es esto legal? –preguntó Mabel.

–Cuando no hay policía cerca, todo es legal

–respondió él. Luego, fue hasta donde se encontraba Soos, el empleado de mantenimiento de la Cuba de Agua. Estaba soldando un brazo de metal al lado del tanque que contenía el líquido.

–¿Cómo vas con el trabajito? –preguntó Stan.

Soos se levantó la máscara de soldar.

–Ya falta poco, señor Pines.

Stan golpeó la diana dibujada en el brazo metálico. ¡Perfecto! Ahora la gente podría lanzar pelotas tan fuerte como quisiera, pero ese brazo no se movería. Él podría sentarse en la parte superior de aquella atracción y permanecería sin mojarse todo el día, pues era prácticamente imposible que cayese en su interior.

–¡Ja! Nada sobre la Tierra podrá tumbarme –dijo Stan.

–Sí, excepto que sea una especie de arma láser del futuro –añadió Soos.

Stan se metió las manos en los bolsillos de su traje negro.

—Oye, ¿no has visto mi destornillador? No lo encuentro por ninguna parte.

—Tal vez alguna criatura mágica o paranormal se lo ha llevado —sugirió Soos con sorna.

—¡Pasas demasiado tiempo con esos chicos! —le recriminó Stan.

Desde que Mabel y Dipper habían llegado para pasar el verano con él les habían sucedido muchas cosas extrañas en aquellos bosques de Pacific Northwest: desde monstruos hasta un niño con espeluznantes poderes psíquicos. Sin embargo, el tío Stan no parecía creerlos nunca.

Así que, probablemente, no les habría creído si le hubieran dicho la verdad: algo paranormal se *había adueñado* de su destornillador. Se trataba de un hombrecillo regordete, calvo, con un mono gris,

que se había escondido detrás de un baño portátil para no ser visto.

—La misión continúa según lo planeado —le dijo a su reloj de pulsera—.

Cambio y corto.



Luego, usó el destornillador para ajustar su reloj. Primero, apareció estampado en su mono un paisaje nocturno de árboles. Después, otro diurno. Finalmente, el mono adquirió el mismo color que el de los baños portátiles que le servían de escondite. Con una sonrisa, se marchó.

—¡Ya son las doce, amigos! ¡En este momento, abrimos la Cuba de Agua! —gritó Stan desde su asiento, dentro del tanque, con sus pies cerca del agua. Tenía un objetivo en el día de hoy: lograr que el mayor número posible de incautos gastara su dinero tratando de que cayese al agua.

—¿Quién quiere probar su suerte? —preguntó a los allí presentes.

Los visitantes lanzaron docenas de pelotas a la diana dibujada en el brazo de metal, pero Stan no se cayó al agua como se suponía que debía ocurrir. Entonces se rio de ellos y esto no gustó a esas personas que habían participado en el juego, al contrario, se sintieron completamente engañadas. El objetivo de Stan de no mojarse y ganar mucho dinero estaba dando sus frutos.

Dipper también tenía un objetivo ese día: lograr que Wendy, la chica de quince años con la que

trabajaba en la Cabaña del Misterio, pasara un día perfecto con él en la feria.

Y el objetivo de Mabel era el mismo de siempre: ¡divertirse!

Dipper intentaba conseguir su objetivo en el tenderete con el letrero que anunciaba: «Salchichas del Misterio», donde él y Wendy compraron dos con forma de signo de interrogación sujetas en un palo a modo de brocheta.

—¿Cómo consiguen darles esta forma? —preguntó Dipper—. No son normales.

Wendy levantó su salchicha con mostaza. La colocó al final del letrero que decía «DELICIOSA» y formó una pregunta con ella.



—No lo sé, Dipper, pero son muy... ¿deliciosas?

Ambos se rieron y un poco de mostaza cayó en la manga de la camisa a cuadros de Wendy.

—¡Ooooh! Enseguida vuelvo —dijo, y se marchó.

—Te espero aquí —gritó Dipper. Luego, se rio entre dientes y añadió murmurando—: Te amo.

Mabel se acercó a Dipper, sosteniendo un algodón de azúcar en cada mano.

—¡Qué parejita! ¡Menudos tortolitos en la feria!

—¿No es increíble? —preguntó Dipper—.

Simplemente me atreví y le dije: «Eh, ¿quieres que vayamos a la feria?». Y, ¿sabes qué me contestó ella? «Sí, ¿por qué no?». ¡Ha funcionado completamente! Seguí tu consejo de ser directo y me ha dado un resultado buenísimo.

—¿Cuándo vas a aprender, Dipper? Yo siempre tengo razón en todo —respondió Mabel. Luego, olfateó el aire—. Oye, ¿no hueles como a un litro de colonia para hombre?

Un adolescente alto con cabello negro tapándole la cara se les acercó.

—Eh, pequeñajos, ¿habéis visto a Wendy por aquí? —les preguntó.



—¿Quién quiere saberlo? —dijo Dipper, aunque sabía perfectamente que aquel joven era Robbie: ¡alguien que podría arruinarle su día perfecto!

Robbie le robó un poco de algodón a Mabel y se lo metió en la boca.

—¡Abusón! —le riñó Mabel.

Robbie la ignoró. Se subió a una vieja caja y comenzó a hacer poses.

—Me he comprado unos vaqueros muy ajustados y he pensado que Wendy querría verlos —comentó.

—Sí. ¿Sabes? Creo que la he visto en el pozo sin fondo —respondió Dipper—. ¿Por qué no saltas dentro?

—Tal vez lo haga, listillo —contestó Robbie sarcásticamente, luego se dio la vuelta y se tropezó con Dipper al iniciar la marcha.

—¡Es un inútil! —exclamó Mabel.

—Sí, pero con vaqueros ajustados y una guitarra —añadió Dipper—. Debo alejarlo de Wendy a toda costa.

Mabel puso una mano sobre su hombro.

—No te preocupes, hermanito. Pase lo que pase, estaré apoyándote en cualquier movimiento que...



—Sus ojos se abrieron de par en par y soltó los algodones de azúcar—. ¡No puede ser: un cerdito!
—gritó, señalando un cartel colgado de un árbol que decía: «GANA UN CERDO».

Mabel siguió los carteles con las flechas hasta llegar a la atracción «GANA UN CERDO», corrió tan rápido como pudo. Allí, al mando, se encontraba el granjero Sprott, en medio de muchos cerditos.

—Si adivinan el peso del animal, ¡podrán llevárselo!
—anunció.

Mabel se apoyó en la cerca. Posó su mirada en uno de los cerditos.

—¡Oinc!

—¡Ha dicho «Mabel»! —gritó Mabel—.
¿O «Comer»? ¿Cuál de las dos: «Mabel»
o «Comer»?

—¡Oinc!

Mabel suspiró. Estaba segura de que el animal había pronunciado su nombre.
¡Este era el cerdito de sus sueños!

Entonces, Pacífica Noroeste y dos de sus amigas pasaron a su lado. Pacífica era superpopular y no se comportaba bien con Mabel.



–¡Oh, no puede ser! Mabel ha encontrado a su gemelo perdido –dijo Pacífica.

Su pandilla soltó unas risitas.

Mabel las ignoró. Le hizo una seña con la mano al granjero Sprott y le dijo:

–Señor, tengo que llevarme ese cerdito.

–¿A quién? ¿A Siete kilitos? Veamos, ¿cuánto crees que pesa? –preguntó el granjero.

–Hummm... ¿siete kilos? –respondió Mabel.

–Parece que eres bruja –comentó él–.

Enhorabuena, aquí tienes tu cerdito.

El granjero le entregó el animal y ella inmediatamente lo abrazó.

–Todo es distinto a partir de ahora –le murmuró Mabel al cerdo.

